

Lecturas del Bautismo del Señor - Ciclo A

Domingo, 8 de enero de 2023

Primera lectura

Lectura del libro de Isaías (42,1-4.6-7):

Esto dice el Señor:

«Mirad a mi siervo, a quien sostengo;
mi elegido, en quien me complazco.
He puesto mi espíritu sobre él,
manifestará la justicia a las naciones.
No gritará, no clamará,
no voceará por las calles.
La caña cascada no la quebrará,
la mecha vacilante no la apagará.
Manifestará la justicia con verdad.
No vacilará ni se quebrará,
hasta implantar la justicia en el país.
En su ley esperan las islas.
Yo, el Señor,
te he llamado en mi justicia,
te cogí de la mano, te formé
e hice de ti alianza de un pueblo
y luz de las naciones,
para que abras los ojos de los ciegos,
saques a los cautivos de la cárcel,
de la prisión a los que habitan en tinieblas».

Salmo

Sal 28,1a.2.3ac-4.3b.9b-10

R/. El Señor bendice a su pueblo con la paz

*VI. Hijos de Dios, aclamad al Señor,
aclamad la gloria del nombre del Señor,
postraos ante el Señor en el atrio sagrado. R/.*

V/. La voz del Señor sobre las aguas,
el Señor sobre las aguas torrenciales.
La voz del Señor es potente,
la voz del Señor es magnífica. R/.

V/. El Dios de la gloria ha tronado.
En su templo un grito unánime: «¡Gloria!»
El Señor se sienta sobre las aguas del diluvio,
el Señor se sienta como rey eterno. R/.

Segunda lectura

Lectura del libro de los Hechos de los apóstoles (10,34-38):

EN aquellos días, Pedro tomó la palabra y dijo:

«Ahora comprendo con toda verdad que Dios no hace acepción de personas, sino que acepta al que lo teme y practica la justicia, sea de la nación que sea. Envió su palabra a los hijos de Israel, anunciando la Buena Nueva de la paz que traería Jesucristo, el Señor de todos.

Vosotros conocéis lo que sucedió en toda Judea, comenzando por Galilea, después del bautismo que predicó Juan. Me refiero a Jesús de Nazaret, ungido por Dios con la fuerza del Espíritu Santo, que pasó haciendo el bien y curando a todos los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él».

Evangelio

Lectura del santo evangelio según san Mateo (3,13-17):

En aquel tiempo, vino Jesús desde Galilea al Jordán y se presentó a Juan para que lo bautizara.

Pero Juan intentaba disuadirlo diciéndole:

«Soy yo el que necesito que tú me bautices, ¿y tú acudes a mí?».

Jesús le contestó:

«Déjalo ahora. Conviene que así cumplamos toda justicia».

Entonces Juan se lo permitió. Apenas se bautizó Jesús, salió del agua; se abrieron los cielos y vio que el Espíritu de Dios bajaba como una paloma y se posaba sobre él.

Y vino una voz de los cielos que decía:

«Este es mi Hijo amado, en quien me complazco».

Comentario a las lecturas.

Después de un largo periodo de silencio (prácticamente toda la vida hasta ese momento), Jesús se acerca a la ribera del Jordán. ¿Qué ha hecho todo ese tiempo? Los evangelistas apenas nos dicen nada: que iba aprendiendo, creciendo, madurando y formándose. Pero no es arriesgado suponer que Jesús se dedicó a «observar a la gente», especialmente a los que menos contaban, los que estaban marginados por la sociedad o por la misma religión. Y detectó un «fuerte deseo de otra cosa», de otra sociedad, de otra religión... un fuerte deseo de vivir y ser tratados de otra manera.

Jesús se acercó a ellos -Evangelio de hoy-. No lo hace en tono de reproche (como por ejemplo el que usaba su propio primo, el Bautista). No les acusa de nada, no les amenaza. Se pone con ellos, a su lado, comprendiendo, acogiendo, como uno más. Y se pregunta a sí mismo qué tendría que hacer, cómo podría ayudarles. En definitiva, por su vocación-misión, por la voluntad del Padre. Para Jesús son especialmente luminosos -le tocaban muy dentro-, algunos pasajes del Antiguo Testamento que hablaban de la figura de un «Siervo» de Dios, que es a la vez «Siervo» de los hombres. Siervo, servidor. Precisamente las palabras que el Padre pronuncia desde el cielo, pertenecen al profeta Isaías, cuando nos describe a este personaje misterioso: **«éste es mi Hijo, el amado, el predilecto»**. Así que el punto de partida, el «disparo» para que comience a hacer algo es.... (¡qué importante!) el amor del Padre, o si se quiere, el amor mutuo entre los dos, y su condición de «hijo».

El Padre le confirma así su camino, y por medio del Espíritu y así queda **consagrado** (bautizado) al servicio del Padre. Quiere decirse que, en el nombre de su Padre Dios, tiene que ayudar, liberar, acompañar, acoger, sanar, escuchar, dignificar, amar... al hombre, tal como el Padre había venido haciendo desde los comienzos de la Historia. O explicado con las bellas palabras de Pedro en la Segunda Lectura: A "**pasar por el mundo haciendo el bien y curando a los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él**". El Espíritu que ha descendido sobre él **como una paloma** será la ayuda, la fortaleza, la luz que necesita para llevar a cabo una misión nada fácil, por otro lado. Porque la sociedad organizada y la religión tradicional, representada por el Templo y sus autoridades, se echarán sobre él, y no pararán hasta colgarlo de la cruz.

Hermano Templario: También nosotros, por el bautismo-confirmación, hemos quedado «consagrados a Dios», a quien reconocemos como Padre que nos ama. Cuando algo está consagrado significa que pertenece a Dios; significa que ahí podemos encontrar a Dios, que es una mediación que facilita el «encuentro» con Dios (recordad, por ejemplo, lo que acontece en la Eucaristía con el pan y el vino al ser «consagrados»). Pues lo mismo pasa con nosotros: Dios nos habita, Dios se encuentra con los hombres a través de mí. Los hombres de nuestro mundo pueden/deben descubrir a Dios a través de mis gestos, de mis palabras, de mis opciones... si las hago desde el Espíritu que ha sido derramado en mí. Seamos testigos ...

NNDNN

+ Fr. Juan Antonio Sanesteban Díaz. Pbro.

□ Dios Padre te necesita, cuenta contigo, te pide acciones concretas cada día para transformar la humanidad con su Palabra. Proponte cada día una acción concreta que vaya cambiando tu ser.



FORMULA ORACIONAL de la ASAMBLEA TEMPLARIA DE ORACIÓN

- 1- Posición y relajación del cuerpo, en pie, sentados o arrodillados cada uno asumiendo la postura que favorezca más su concentración. Lo importante, independientemente de la posición que se adopte, es colocarnos con la actitud de un ser ante su Creador y Padre, rodeados y acogidos por su fortaleza y ternura y transportados al tiempo eterno.
- 2- Cerrar los ojos. Calmar toda emoción. Silenciar toda actividad mental discursiva e imaginativa. Alcanzar el máximo de intensidad para, como sugiere el Papa Francisco sentir que “La oración no es magia, sino un confiarse en el abrazo del Padre. Tú debes orar a quien te engendró, al que te dio la vida a ti concretamente”.
- 3- Desde esa actitud, sintiendo como dice Francisco que “tenemos un Padre cercanísimo que nos abraza”, recitamos el Padrenuestro de forma sentida:

***Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre.
Venga a nosotros tu Reino, hágase tu Voluntad así en la tierra como en el cielo.
Danos hoy nuestro pan de cada día y perdona nuestras ofensas, porque
nosotros ya hemos perdonado a quienes nos ofenden.
No nos dejes caer en la tentación y líbranos del mal.
Porque Tuyo es el Reino, el Poder y la Gloria, Padre, Hijo y Espíritu Santo, ahora y
siempre y en los siglos de los siglos.
Amén.***

Versión en Latín:

***Pater Noster, qui es in coelis, sanctificetur nomen tuum.
Adveniat Regnum tuum, fiat voluntas tua, sicut in caelo et in terra.
Panem nostrum cotidianum da nobis hodie, et dimitte nobis debita nostra, sicut et
nos dimittimus debitoribus nostris.
Et ne nos inducas in tentationem, sed libera nos a malo.
Quia Tuum Regnum, et Potestas et Gloria, Pater, Filius et Spiritus Sanctus, nunc et
semper et in saecula***

Amen

- 4- A continuación, siguiendo la indicación de nuestro padre San Bernardo que dice que “ésta es la voluntad de Dios: quiere que todo lo tengamos por María”, rezaremos el Ave María.
- 5- Continuamos centrando la atención dentro de nosotros mismos, en el corazón, tratando de sentir la presencia del Espíritu de Dios en él. Y así, siguiendo el ritmo de la respiración, según el método de Oración Hesicasta decimos interiormente:

"Señor", (alargando la pronunciación al tiempo de la inspiración; al expirar, en profunda meditación decimos): " ten piedad "....

"Señor (inspiración), ten piedad (expiración), o bien: " " Señor Jesucristo (inspiración) ten piedad (expiración).

Larga Vida Al Temple